

# EL LIBRO Y LA MECEDORA

MANUEL VICENT

A estas alturas da un poco de risa escribir un libro o fabricar una obra de teatro, del mismo modo que da un poco de pena imaginar a una señor leyendo un tomo encuadernado balanceándose en una mecedora o entrar en una elegante platea de crujientes butacas de terciopelo con tres filas ocupadas por los residuos de una burguesía, que todavía creen en la propia panoplia y cubre sus espaldas redondas con garras de astracán para oír cómo caen desde el escenario algunas pasiones decimonónicas destrozadas por el manierismo. Hace años el teatro se instaló en las aceras disparatadas de la ciudad, aunque también esa fórmula ha muerto. Diariamente se publican centenares de libros, que nadie lee. Hasta aquí hemos llegado.

En aquellos dorados tiempos de la prehistoria en que todavía se hacían buenos negocios la gente iba a las librerías y la burguesía, después de echar el cierre semanal y hacer arqueo, cumplía el rito complaciente de darse una vuelta por los patios de butacas para dejarse zaherir por los cómicos. El teatro era esa viruta amarga que daba un sabor sofisticado al tedio cultural. Pero ahora el melodrama burgués está en los libros de contabilidad, la tragedia se desarrolla en las colas del paro y la comedia se realiza en las fábricas. Por otra parte las últimas librerías pronto se convertirán en tiendas de picón para braseiros.

A partir de los años sesenta el teatro se había instalado en la calle. Lo que entonces se veía de más moderno en las salas de espectáculos era un reflejo de los nuevos mitos culturales que se habían apoderado de las aceras de la ciudad. Las antiguas bacantes habían invadido el aire público, los tragediantes se movían en las plazas del ayuntamiento, las pasiones de la sociedad se realizaban en las escalinatas de los monumentos, al pie de las estatuas de los héroes románticos. Los gestos de moda de la nueva convivencia se mezclaban a la salida del sol con las mangueras de riego y el trabajo del camión de la basura.

En aquel tiempo la juventud tenía un mensaje programado de vuelo migratorio por los barrios, bajo las aca-

cias de los paseos, sobre el césped de los parques. La cultura oficial había muerto. Sófocles, Dante, Goethe, Voltaire se habían transformado en balada, en arreglo para guitarra eléctrica, en música de fondo para degustar la yerba, que venía de Colombia. Los intelectuales, los sacerdotes y los sociólogos miraban el panorama desde el puente y sacaban sus consecuencias. Al teatro no llegaban sino desperdicios, los libros eran pura taxidermia, aves disecadas y el arte había alcanzado la pura inanidad. Para estar al día en materia de cultura era obligatorio darse una vuelta por los soportales de la Plaza Mayor, por la bajada del Rastro, por las tascas de la calle Libertad, por las Ramblas de Barcelona, por el barrio del Carmen de Valencia, por los graderíos de un mitin de izquierdas, por la acampada de un festival de música, por los tenderetes de abalorios de las aceras de Moncloa. Entre somiers rotos, ropas de soldado, viejas prostitutas, horchaterías blancas, mostradores de estaño, con las cabelleras pobladas de piojos orientales y los macutos cargados de misales de Krisnamurti, había nacido un nuevo lenguaje, que se renovaba cada jornada, que envejecía siempre al amanecer.

Los trabajos de Sísifo para la burguesía consistían en perseguir a los actores cuando ellos ya se habían ido. En aquellas décadas los gestos burgueses tuvieron un aire de parodia, eran una persecución desalentada de los nuevos héroes. La burguesía llegaba a Ibiza y ellos ya no estaban allí. Entonces se dedicaba a practicar el remedo: se vestía con andrajos de Juanjo Rocafort, recobraba la inocencia preternatural de paraíso iluminado con neón y hacía erotismo en una cala adscrita a la multinacional ecológica. Pero la cultura se había trasladado a Bali. De pronto se oía hablar del Centro Argüelles, aquel dédalo de pasillos y tabernas de Ulises, por donde discurría la ruta de la marihuana, un sótano establecido bajo el dormitorio de los ejecutivos donde la acracia de la universidad acudía a purgarse al anochecer. Cuando llegaba allí la burguesía o los dependientes de comercio o los oficinistas, resulta que el espectáculo ya había pasado de moda, la policía ya había peinado los corredores y la quin-

callería había sustituido el decorado. Ellos ya no estaban allí.

En el Rastro los domingos unas jóvenes pálidas ofrecían masajes orientales en el calcañar a honrados padres de familia que iban a comprar unos morillos para la chimenea del chalé de la sierra, plantado sobre aquella legendaria parcela de cincuenta mil de entrada y el resto en diez años, aquel hito de calidad de vida en los últimos años del franquismo. La acraería rutilante vendía carteles, pulseras de cuero, hierbas para la lucidez y granos para el vigor del orgasmo. Cuando la burguesía se enteraba, se sacudía con el codo y en la primera ocasión llegaba hasta allí un domingo después de misa de doce. Pero ellos ya no estaban. En la plaza Mayor, en las Ramblas de Barcelona, en el barrio del Carmen de Valencia, en la esquina más insospechada de cualquier ciudad un ejército de jóvenes que había roto filas, desmitificaba cada día las antiguas pasiones del teatro y del libro, el dominio de la cultura escrita, el amor, el hambre, la música, el sexo, el dolor, el arte, el placer.

¿Dónde están ahora? Hoy aquellos jóvenes han desaparecido, aquella moda ambulante se ha esfumado. La burguesía también ha abandonado la persecución ritual de los nuevos mitos. El teatro en la calle ha muerto. La cultura de la imagen ha alcanzado la cumbre en el anuncio de Martini y la informática ha degenerado en un subproducto de comecocos, aparatitos para matar marcianos y máquinas con lluvia de aerolitos. ¿Cuál es ahora el nuevo marbete de la modernidad? Fabricarse un rincón, no salir de casa, recuperar la mecedora de la abuela y leer un libro encuadernado. Cuando todo está muerto, hay que comenzar por el principio. Recuperar el hábito morboso por la lectura, lentamente, mientras corren las horas de la tarde por el visillo. El mundo se ha amañado. Todo se ha gastado, desde el griterío de la jauría en un concierto de rock hasta las vallas publicitarias más subyugantes que te invitan a consumir cierta clase de galletas a través de los muslos de una muchacha imposible. Los adultos ya se han sacudido el complejo de imitar a la juventud. Su estética ahora es el cinismo. Por su parte los jóvenes ya no marcan nada. Su estética es la desesperación sin riesgo, sin dinamita. Este es el momento de sentarse en el sillón de orejas o de balancearse en la mecedora con un libro encuadernado en las manos. Hoy se llevan mucho los volúmenes de cantos dorados y con el lomo traceado con nácar, a la sombra de un olmo, junto a un refresco de granadina. ■